

EL ERROR DE DESCARTES

por *Antonio Damasio*

Ed. A. Bello, Stgo, 1996

RE Versión castellana del original en inglés, “Descartes’ Error”, editado en 1994, este libro puede producir algún desengaño en el lector que se sienta atraído sólo por su título. Pareciera uno de esos rótulos destinados a captar la atención, producir recelo o adhesión. Por su título, se podría esperar que el autor va a hablar de Descartes y mostrar en detalle determinadas equivocaciones de sus ideas. De eso hay muy poco en el libro. De las 300 y tantas páginas que lo componen, no más de 6 están dedicadas a Descartes propiamente tal. Descartes es, más bien, un telón de fondo, un horizonte referencial constante pero siempre lejano en relación con lo que se discute.

Y lo que se discute es esto: basándose en su ejercicio de la medicina neurológica y en la neurofisiología, el autor elabora una imagen según la cual el dualismo cartesiano irreconciliable entre razón y emoción, y entre mente y cuerpo, resulta errado de acuerdo con los actuales conocimientos sobre el cerebro. Por el contrario, todo pareciera indicar que las emociones son parte integrante de los procesos de razonamiento regidos por la lógica y de que no hay emociones sin cuerpo. Visto el panorama de la ciencia en su conjunto, tal tesis, junto con la idea de un universo físico creador, no “mecánico”, no determinado, como lo postula Prigogine, quizás sea uno de los cambios conceptuales más arriesgados, filosóficamente interesantes y de mayor alcance que se haya propuesto el conocimiento científico en el presente siglo.

El texto se compone de tres partes: en la primera, el autor acumula los hechos empíricos de su tesis; en la segunda, desarrolla su idea de la relación de interdependencia entre razón y emoción y, en la tercera, se dedica a ulteriores desarrollos de esa relación.

La “base empírica” que conduce a Damasio a su hipótesis consiste en la observación de casos de pacientes que sufrieron severos accidentes, con daños en parte de su masa cerebral, concretamente en el área prefrontal del córtex y, más aún, en la zona ventromedial. Pues bien, los daños en esas, y sólo en esas zonas, produjeron conjuntamente cambios en las capacidades de razonar y de sentir en esos pacientes. Sobre todo, de razonamientos prácticos de toma de decisiones con consecuencias personales y sociales, éticas. El caso de Phineas Gage, en el siglo pasado, es notorio: capataz de construcción, de habilidad reconocida en su trabajo, luego de que su área prefrontal fuese perforada por un cilindro de acero producto de una explosión, “No llegó a ser

el mismo”. Mantuvo intactas sus capacidades de cognición propiamente tales (atención, memoria, percepción, lenguaje), pero su carácter cambió. No pudo nunca más tomar decisiones acertadas sobre sus actos. Se convirtió en un individuo irrespetuoso y grosero, por una parte; por otra, tomaba decisiones que iban en su propio perjuicio. “El futuro no le interesaba y era incapaz de precaver nada” (p. 30). Su capacidad de decidir entre alternativas, lo que desde Aristóteles se llama deliberar, como razón práctica, y su comportamiento emocional se perdieron. Elegía siempre mal. O al azar.

Un tumor cerebral que comprímia las capas prefrontales es otro de los casos analizados. El paciente perdió el sentido de lo que hacía. Por ejemplo (p. 57), si en su trabajo debía leer documentos y clasificarlos para guardarlos, podía hacer muy bien esa faena propiamente tal, pero perdía casi siempre el rumbo en ella. De pronto, se quedaba en un solo documento todo el día y más aún, o comenzaba a especular sobre los diversos métodos posibles de archivarlos, hasta llegar a niveles de análisis absurdos respecto del fin que se perseguía. Por supuesto que perdió el trabajo. Damasio acompaña estos casos con abundante información sobre la biología del cerebro, de modo que el lector pueda tener un mayor apoyo en la comprensión de los casos expuestos.

La hipótesis de Damasio es que las emociones, el sentir ira o alegría, y las capacidades racionales de tomar una decisión entre alternativas analizadas para lograr un fin, estarían controladas por el mismo sistema neuronal de la corteza: el área prefrontal ventromedial. De tal modo que, dice el autor, paradójicamente la división entre razón y emoción, como lo postula la tradición clásica, correspondería más bien a un ¡cerebro herido!, que ha perdido parte de sus funciones. Al desarrollo de esta idea dedica Damasio la segunda parte del libro.

Ante la necesidad de elegir algo razonando (hay elecciones, si se las pudiera llamar así, que se dan a nivel automático, fisiológico), la tradición (se refiere a Platón, Descartes, Kant) nos acostumbró a que tal elección sólo se hacía desde la lógica. Eso, paradójicamente, haría imposible decidir nada. Tenemos un “marcador somático”, especies de sentimientos que acompañan a las razones. Si no, ¿cómo aceptar someterse a una cirugía para sanarnos, someterse a una incomodidad para lograr un beneficio, subirse a un avión cuando nos aterroriza? Las decisiones cotidianas quedan sin explicar si nos referimos sólo a la lógica. Ante cierta posibilidad de elección “sentimos”, en el SOMA, una suerte de ayuda que nos dice: ¡cuidado!, eso no, eso sí, aunque duela. La lógica despliega las posibilidades, pero no nos indica ella sola qué elegir. Además, las elecciones prácticas siempre están intervenidas por valoraciones.

Pero, en esta tesis de la “corporalidad de la emoción” pareciera haber un problema. Según Damasio, el error de Descartes fue: “La sugerencia de que razonamiento, juicio moral y sufrimiento derivado de dolor físico o de alteración emocional, pueden existir fuera del cuerpo” (p. 278). Damasio cree haber eliminado tal dualismo.

Sin embargo, eso no parece tan claro. Damasio distingue entre la emoción de miedo, por ejemplo, que es algo que le pasa al cuerpo (sudor frío, erizamiento de pelos, etc.) y el “sentir” esa emoción en la conciencia. ¿Qué hay aquí? Pareciera que el autor no pudiera, después de todo, dejar de ser dualista. Si la emoción es algo mental-corporal, el sentimiento, el darnos cuenta del miedo, sería lo humano propiamente tal y no muy “corpóreo” después de todo. Por lo demás, si bien es cierto lo que Damasio afirma acerca del dualismo, si se iba a refutar a Descartes, se debería haber analizado mejor la postura de éste. Descartes afirma: “Ahora bien, lo que cierta naturaleza me enseña más expresa y sensiblemente es que tengo un cuerpo, el cual, cuando siente dolor, está mal dispuesto, y cuando tengo los sentimientos de hambre y sed, necesita comer y beber, etc... Por lo tanto, no debo dudar de que hay en esto algo de verdad” (Meditaciones). Descartes habla de un cuerpo “sentiente”; ¿qué puede significar eso en el análisis de Damasio? El autor habla de dualismo cartesiano como si fuese el único que la filosofía actual considera, y como si el dualismo mismo fuese la única alternativa para la actual filosofía de la mente. (Ver la obra de P. Churchland y W. Bechtel, al respecto.)

ALEJANDRO RAMÍREZ FIGUEROA